

---

## el aliento de la vida

sandro venturo schultz

---

uno

Daniel no está bien. Cómo será eso de no tener ganas de vivir. Cómo será sentir tanta tristeza que ya no te importe nada sino aplacar ese sufrimiento. El flaco está enfermo. No hay nada poético ni especial en su depresión. Tenemos que enfrentar con él su enfermedad pues sólo en comunidad él podrá salir adelante.

Visitarlo supone una fuerza que uno nunca sabe si la va a tener. Cada vez que lo veo sumirse en su dolor, absolutamente displicente con todo lo que lo rodea, no puedo dejar de sentir cuán precaria es nuestra vida. Tengo miedo por él, por mí. Quiero pensar que todo va a salir bien.

Es extraño sentir que lo quiero. Casi no lo extrañé cuando se fue a Bilbao, casi no lo extrañaba aquí en Lima cuando nos dejábamos de ver tantos meses seguidos. Ahora que siento que su existencia anda en el borde siento que lo necesito y es verdad que lo necesito. Daniel es uno de los pocos amigos que estimula en mí la rebeldía intelectual. Con él me provoca abstraerme para comprender mejor las madejas políticas del mundo en el que vivimos. Casi no hablamos de ideas ni de libros. Casi no citamos a nuestros autores favoritos. Cuando conversamos, inventamos, recreamos, nos apropiamos de argumentos y especulaciones. Nos enriquecemos. Ahora lo sé y lo valoro más que nunca.

Es curioso. Primero vivimos en una época donde comenzamos a descubrir el deseo sexual y el enamoramiento (no necesariamente vienen juntos, ya se sabe). Después todos pasamos por la primera comunión. Luego las fiestas de quince años. Más tarde las fiestas de promoción. Después viene la universidad, los matrimonios, los hijos. A pesar de que vivimos en la época de la incertidumbre uno encuentra que los rituales se van cumpliendo de una u otra manera. Ahora estamos en la época de los divorcios y de las primeras muertes de nuestros coetáneos.

Cuando pensábamos que ya conocíamos las experiencias emocionales básicas del ser humano, nos vemos en nuevas situaciones. Así, nuevos temores y esperanzas nos invaden. Valoramos lo que hemos conseguido-sin-de-searlo. Protegemos lo que nos ha costado tanto sacrificio. La vida recorre sin descanso nuestros cuerpos y a pesar de la rutina seguimos sorprendiéndonos de las cosas que nos ofrece el azar. Estamos vivos y podemos dar lo mejor de nosotros.

Ahora estoy atento a cada una de mis posibles muertes. Cuando siento el placer de la velocidad en mi auto. Cuando pruebo un bocado sin saber de qué cocina proviene. Cuando subo a un avión que apenas va tardar treinta y cinco minutos hasta Huamanga. Cuando voy en mi bicicleta por las calles de Magdalena entre combis y microbuses desesperados.

Hace unos años tuve la misma sensación cuando murió Roberto Miró Quesada. Nada nos unía a él sino una estimulante admiración a sus textos. No había cariño ni complicidades cotidianas, pero el conocer a alguien que murió cuando venía desplegando sus alas fue impactante. Fue una época en que la negra Moyano, Flores Galindo, Katia Lumbreras, el hijo de Balo Sánchez, en fin, en que mucha gente cercana o relativamente cercana moría a causa de la guerra o de enfermedades rápidas como cualquier guerra.

No sé cuántos años voy a vivir ni imagino cómo voy a regresar a casa esta noche. No quisiera morir ahora pues tengo demasiados proyectos debajo mío. Pero al mismo tiempo creo que no le tengo miedo a la muerte... «simplemente sucede que no tengo miedo de morir entre pájaros y árboles» (gracias, Javier H.).

Mi cuerpo está cambiando. Ya ha cambiado, en realidad. Sé que las personas me calculan menos años de los que tengo y sin embargo a veces me siento con una sabiduría que nunca imaginé en mí hace diez años. Uno vive transformándose a sí mismo y sintiéndose el mismo a pesar de la sumatoria de edades, hasta que un espejo nuevo o el comentario de un antiguo compañero del colegio o la enfermedad de un camarada o la muerte de un hermanito nos hacen notar que el tiempo pasa inevitablemente. Allí es cuando se hacen evidentes las diferencias. A veces dignas de tristeza, a veces dignas de gozo.

dos

Daniel se fue. Estaba cansado. Ya se había quedado sin aliento. Quería vivir, quería sentir ganas de vivir. No ser un obstáculo para su familia. Seguir siendo un motivo para sus amigos. Daniel me decía que ya había perdido sentido la vida para él, que todo le parecía banal, absurdo, hueco. No estaba hablando de metafísica ni existencialismo sino de algo que acaso mi imaginación no podía captar siquiera a lo lejos. Batería baja. Ausencia de horizonte. *Ya no tengo sueños. Quiero estar bien pero no puedo. No siento nada.*

tres

Me parece mágico pensar que dentro de nosotros haya líquidos que constituyen el alma. Pienso en la adrenalina como equilibrio psíquico para enfrentar la tensión extrema y el estrés debilitante. Pienso en ese líquido para

guardar sentido de realidad, y otro que cristaliza el aliento de vida. No la vida, puesto que podemos vivir como vegetales. Hablo del aliento de vida: algo que te permite encontrarle sentido a las cosas inmediatas y efímeras así como a los sueños y las utopías. Desde visitar a un amigo enfermo hasta alucinar que podemos cambiar el mundo, nuestro mundo.

Daniel se descuidó. Tal vez tenga sentido pensar que el debilitamiento comenzó hace más de dos años, cuando él no asumió que tenía una enfermedad intangible. Su cuerpo dejó de producir progresiva y lentamente el líquido del «aliento de la vida» hasta que no hubo medicamento capaz de devolverle lo que él ya había abandonado en el descuido. Se cansó, se fue. Se nos fue.

Las personas no consideramos la mente como sí valoramos al hígado. Cada vez que nos viene la gripe tomamos esas pastillitas que nos atontan y evitan que nos duela el cuerpo. Con la mente, en cambio, nos hacemos los *cojudos* puesto que nos da vergüenza confesar un malestar anímico. Tenemos la ingenua consideración de que nuestra voluntad depende de sí misma. No pensamos en el entorno (los olores, los sabores... en fin) ni en los líquidos que constituyen el alma.

El flaco quería otra cosa y hacía todo lo posible para no conseguirlo. Voluntaria e involuntariamente pedía y rechazaba. Esperaba. *Desesperaba*. Él necesitaba eso que el Richi comparte con Dori. Eso que el Chino vive con la China. Eso que celebramos Natalia y yo («para siempre mientras dure»). Eso que se le escabulló tantas veces en el silencio y el misterio. La ambigüedad del amor. Un bolero compuesto e interpretado para nada.

Él fue desacostumbrando a su cuerpo a generar el aliento de la vida y tal vez no era consciente de lo que estaba haciendo consigo mismo. Pasó el tiempo y el dolor se hizo infinito (lo digo a pesar de que no entiendo que significa «el dolor se hizo infinito»).

Daniel se cansó de resistir a la muerte.

#### cuatro

La lucidez del suicida no está marcada por el desgano ni la desilusión. Parece ser fría, implacable. No se trata de pesimismo ni mucho menos. No hay rencor ni resentimiento. Todo tiene el mismo peso. Peor aún: nada tiene peso.

Aprendí rápidamente a hablar con él de todo. Sin cuidado hablábamos del valor de la rutina. De esos inapreciables momentos en la vida, que constituyen gran parte de la vida, en que uno no se hace preguntas y supone que todo anda como debe andar. Hablábamos de la necesidad de que durante la vigilia haya cosas que no te sorprendan. La belleza de lo previsible. Lo saludable que resulta dejar de acariciar las cosas que son tuyas... tan tuyas que no las valoras. Lo higiénico que resulta poder olvidar. La alegría ausente de la indiferencia.

De pronto valorábamos cosas raras como desear trabajar. Y por *trabajo* entiéndase esas actividades que uno evitaría viendo televisión o escuchando música. Esas actividades que uno cabrea mientras observa el techo con la cabeza en blanco y sin volumen.

Hay enfermedades que nos llevan a valorar las obligaciones que motivan ansiedades y producen dolor de espalda. Buscar trabajar y disfrutar de la

presión que ejercen las responsabilidades. Enfermedades mortales que nos devuelven el tacto del recién nacido. Lavarse los dientes para evitar la máquina del dentista. No lavarse los dientes para llegar a tiempo a la oficina. Vivir la ausencia de aliento y añorar los momentos en que uno siente vergüenza a pesar de todo. Agotarse en un dolor absurdo. Estar lúcido y constatar que no es suficiente. Estar vivo y abandonarse, acomodarse, resignarse. Todas operaciones vitales.

Conversar y reflexionar acerca de la tristeza abstracta y sin motivo. La noche como pequeña muerte... y la calma.

Yo le decía a Daniel que esto iba a pasar, que en seis meses íbamos a recordar una enfermedad extraña para nuestros sueños. Él decía imagino que se puede pasar pero ahora siento que esto nunca va a acabar. Sí se va a terminar, flaco, y te va a parecer antigua y lejana esta depresión. Eso lo dices tú pero no sabes, me respondió mientras aspiraba más de medio cigarro en una sola inhalación. Sí, lo sé, es como cuando sientes el dolor de muelas: sabes que va a pasar pero en ese momento te importa un carajo pensar en el mañana. Eso es. Ves, claro que te entiendo.

Entendía pero no me daba cuenta. ¿Cómo será estar invadido de un dolor absoluto (¿qué significa «dolor absoluto») y no tener la certeza de que algún día se va a acabar?

cinco

Estoy imaginando que tengo más de cincuenta o sesenta años, que me estoy mirando en el espejo, que ya casi no recuerdo la sensación de un cuerpo ligero e imprudente, de un rostro delgado y con escasas cicatrices. Estoy mirándome en el espejo y no es un ejercicio de rutina matinal. Mi voz interior es la misma, sigo siendo esta voz que solo yo puedo escuchar y que no ha cambiado un ápice y, sin embargo, sé que si abro el viejo disco compacto con fotos de hace veinte o treinta años no voy a poder evitar sentir que efectivamente soy otro: no solo se ha transformado mi cuerpo sino que mi energía es otra, mi manera de estar en el mundo es otra y de eso puede dar fe esta casa que no es mi casa, esta forma de vestirme que no es otra cosa que una manera de ocultarme mostrándome. Me miro en el espejo y reconozco cuánto he envejecido a pesar mío. Soy un hombre maduro y me sigo considerando joven. Tengo demasiados proyectos alrededor mío y no me siento ni débil ni cansado. Las deudas vitales todavía me mantienen inquieto... sospechosamente inquieto.

Daniel, en cambio, sigue igual... sus treinta y cuatro los lleva inmutables. No puedo siquiera imaginar cómo sería el flaco ahora. ¿Cómo conversar con un coetáneo si ya no es un coetáneo? Ya no puedo fastidiarlo ni hacerle bromas acerca de su soberbia presentada como humildad y tolerancia, y sin embargo a veces me veo sentado frente al mar conversando con el flaco. La fantasía de volver a una edad que solo vive bajo la arbitrariedad de la memoria.

Estoy aquí, recordándote y cantando sobre mi propia agonía. Esta forma de seguir exprimiendo mi cuerpo gracias a un aliento del cual no conozco ni el sabor ni el olor. Flaco, apenas puedo comprender estos líquidos que soy yo pero celebro la vida que hicimos juntos.